

risueñas correrías / por el pueblo. Mi abuela / saca historias muy remotas de su antiguo delantal. / Vemos tejer calcetas a mi madre, / traer papas hermosas que ponemos / al rescoldo. / El invierno está aquí, / galopa, quiebra los pájaros errantes. / Adentro de la casa / se ven azules las lámparas. / Nos llena alma / el olor de las fritangas". El poeta respeta la puntuación. Los años le darán mayor armonía y seguridad al verso. Es lamentable que el autor ignorara la existencia de "La Casa del Hombre", del poeta religioso moderno José Miguel Ibáñez Langlois, porque, de conocerla, Herrera habría buscado otro título a su libro.

<https://doi.org/10.29393/At410-138CIFA10138>

Cercana inmensidad, de HERNÁN MONTEALEGRE KLENNER. Poemas.
Ed. Instituto de Cultura Hispánica de Valparaíso

El estro religioso no ha inflamado con mucha frecuencia a los poetas chilenos. El Pbro. Luis Felipe Contardo, Carlos Mondaca, el Pbro. Francisco Donoso González, Jorge Hübner Bezanilla, el Pbro. Bernardo Cruz Adler, Carlos René Correa, Hernán Montealegre Klenner y los sacerdotes José Miguel Ibáñez Langlois y Joaquín Alliende Luco son tal vez los únicos que han cantado aquí al Divino Amor y a la Virgen María.

A algunos de estos autores los han llamado místicos; pero en nuestro país no ha habido jamás un San Juan de la Cruz ni una Santa Teresa de Jesús que son los únicos místicos auténticos de toda Hispanoamérica. Ambos líricos del Siglo de Oro, buscaron a Dios y vivieron en íntima y ferviente unión con El; en sus poemas expresaron esas inefables comunicaciones en aquel símbolo de la noche oscura, el primero, y en la imagen de la mariposa, la segunda, para tomar sólo dos ejemplos al azar.

Hernán Montealegre, en *Cercana inmensidad*, ha dado un acento moderno, pleno de luminosidad, y, por cierto, carente de artificio retórico, a la poesía religiosa nacional, de inspiración cristiana católica. En estos versos no asoman ni las narraciones bíblicas, ni las doctas lucubraciones teológicas y filosóficas, sólo se advierten, muy claramente, la serena limpidez del alma de un hombre que, sin abandonar la tierra, busca el cielo y que, hasta cuando canta al amor humano, parece ennoblecerlo con la suave transparencia de lo divino: "Yo podría decirte cuántas estrellas tiene la noche / pero no acabaría nunca de contar las de tus ojos. / Son ellas las que hago brillar en otros mundos distantes / que nacen de súbito a una luz nunca vista. / Perdóneme que tenga que usar imágenes / cuando quisiera entregarte la realidad sin velos. / Pero la imagen, mi amor, es la caricia del respeto, / y así las cosas quedan limpias y tranquilas". (Pág. 25).

Reflejo del espíritu religioso tan sincero y emotivo de Montealegre, son estos dos poemas, a la Virgen María y a su madre, seres en los cuales, el hombre de corazón puro, sublima y sintetiza el amor divino y humano: "Cántaro de agua universal, / océano donde bogan sólo olas / sin viento y sin navíos que amenacen su espuma. / Ave / invisible, cuyo canto / estremece la música de los

astros. / Tú no eres como nubes / que surgiendo invioladas / se deshacen. Tú no eres / como tigres que hudiendo sus garras / en los árboles / desaparecen". Termina con este verso que vale por todo el poema: "es sólo el brillo de unos ojos eternos". (La Mujer vestida de sol) . (Pág. 55) . En la poesía dedicada a la Madre, dice en la tercera estrofa: "Desde un comienzo, en tus brazos / aprendí a mirar las cosas desde arriba. / Por eso, / al pisar los troncos caídos de los bosques del sur / una nostalgia de las lejanas cúpulas batía en mí sus alas. / Así como un día me tuviste en tu interior, / yo te llevo a tí ahora dentro de mí sangre, / río que en mí agita sus aguas buscando su originaria altura de nieve". (Pág. 59) .

Como lo anuncia el título de la obra, la poesía de Hernán Montealegre, jubilosa y recogida, es un largo Aleluya que nos acerca a la inmensidad de Dios.

F. A. B.

El Expreso de Von Ryan, de DAVID WESTHIMER.

Editora Zig-Zag, 1965.

Ciertas experiencias bélicas dieron a este escritor elementos para construir un relato novelesco, rico en evocaciones reales, no exento de suspenso bien dosificado, funcional en definitiva.

El protagonista se nos presenta de un solo intento, se planta en la médula de los hechos, sigue viviendo en calidad de héroe moderno.

David Westhimer actuó como aviador durante la Segunda Guerra Mundial. Conoció a individuos enérgicos, con un gran sentido de la disciplina. Por eso su libro es un canto al orden, a varios aspectos de la audacia.

Quizás en la vida real los hechos no suceden con la seguridad y precisión que son norma en esta aventura. Pero el arte tiene la gracia de crear situaciones difíciles, más valiosas que la propia realidad. Y ahí tenemos al personaje central convertido en arquetipo.

Al margen de la fábula, muy interesante, valen en este libro la técnica novelesca, la rapidez y esquematismo de los diálogos, la seguridad del autor para delinear a sus criaturas excepcionales.

Cada uno de estos seres tiene su psicología, procede en función de su circunstancia, sin olvidar el nervio de disciplina que se impone desde las primeras escenas del relato.

Nos presenta a un prisionero de guerra. Lo natural es suponerlo cohibido. No es así. Tal llamada de atención sujeta el interés del lector.

"El centinela quedó mirando al oficial norteamericano, con la boca abierta, los ojos huidizos y prominentes.

"—¡Rápido, soldado! —gritó el americano.

"—Coronel —tartamudeó el joven subteniente italiano que lo escoltaba—, no entiendo.

"—Entonces explíqueme —ordenó el americano—.